Danel Sánchez - 28/10/2026

¡Segovia es carlista!



“Por Dios, por la Patria y el Rey
Carlistas con banderas.
Por Dios, por la patria y el Rey
Carlistas aurrerá…

Cantaban las filas de soldados vascos y navarros que avanzaban en bloque como si de un solo ser se tratase.

…Lucharemos todos juntos
Todos juntos en unión
Defendiendo la bandera
De la Santa Tradición…

No cesaban la marcha aquellos valerosos soldados, fusil en mano y boina coronando su cabeza como hojas de laurel, mosquete colgando

de la cintura, aguardando el combate, bigote decorando el rostro y sus fueros en el corazón.

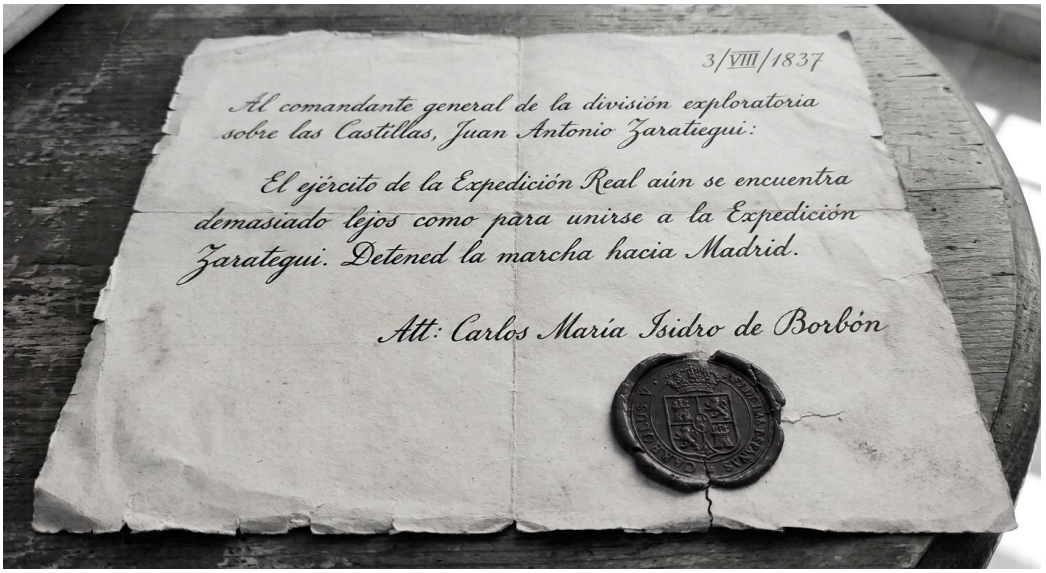
…Cueste lo que cueste
Se ha de conseguir
Venga el rey de España
A la corte de Madrid…

Galopaba un caballo a toda prisa, cuyo jinete portaba el estandarte real del pretendiente Carlos V. Se dirigía hacia la comandancia del frente.

…Por Dios, por la Patria y el Rey
Lucharon nuestros padres.
Por Dios, por la Patria y el Rey
Lucharemos nosotros también.”

Llegó ante la presencia del comandante general Zaratiegui, al cual le entregó una carta del puño y letra del rey Don Carlos.

El militar dobló la carta y vaciló por un instante.



—Hágale saber a Su Majestad que estaremos en Segovia esperando sus próximas noticias.

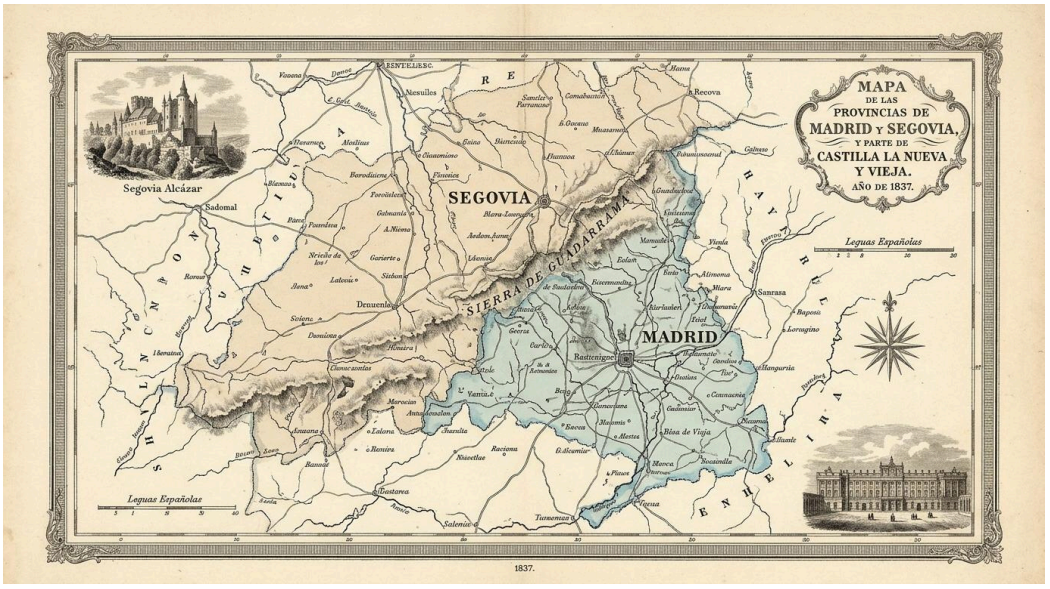
Dijo dirigiéndose al mensajero, impertérrito, como hecho de piedra; frío e inexpresivo como un busto de mármol.

Se tornó hacia su ejército para dar discurso.

—¡Soldados! Estamos a menos de tres leguas de la capital. Muy pronto las boinas rojas marcharán por Madrid. Hemos de esperar la llegada de nuestro rey. Hasta entonces tendremos que descansar en algún lugar. ¡Así que tomaremos Segovia!

Sus hombres lo aclamaron al son de “viva la paz, viva la unión, viva la paz y don Carlos de Borbón”.

—Tomaremos la ciudad mañana mismo, al alba. Los tomaremos por sorpresa; apenas tienen fuerzas con las que defenderse. No opondrán resistencia.



3.



Tal como fue planeado, las tropas carlistas entraron en Segovia por Zamarramala (noroeste) a las 5:30 de la mañana del cuatro de agosto del año 1837. Sorprendieron en el acto a los habitantes, los cuales, por falta de preparación, no pudieron hacer nada para defender su ciudad de las fuerzas invasoras.

Para el mediodía ya estaba totalmente conquistada la ciudad, y San Ildefonso, bajo amenaza de sufrir el mismo destino.

Los carlistas, guiados por Juan Antonio Zaratiegui, colgaron la bandera de la Cruz de Borgoña en el acueducto y se congregaron alrededor de la catedral para escuchar las palabras de su general.

—Soldados del rey. En nombre de nuestro rey Carlos María Isidro de Borbón y en honor de Tomás de Zumalacárregui, yo tomo esta ciudad. Por Dios, por la patria y por el rey.

Mientras los habitantes de la urbe castellano-leonesa hacían circular las nuevas, los hombres de Zaratiegui organizaron un desfile militar en conmemoración de aquel hito.

Al son de marchas en vascuence desfilaban “primero los navarros por su astucia, luego los vizcaínos por su valor, seguidos de los guipuzcoanos por su lealtad y, por último, los alaveses por su honor”.

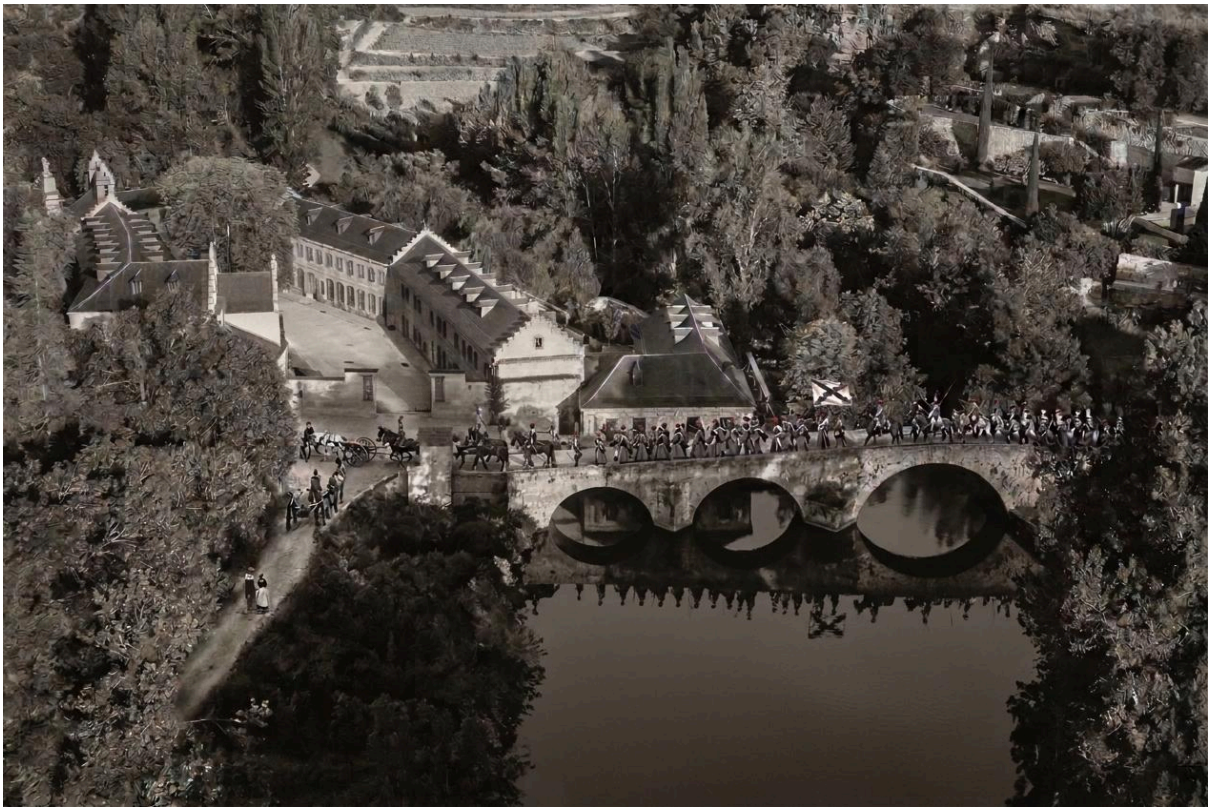
Desde la torre de Juan II, los generales alcanzaban a divisar los cuatro monumentos segovianos, empezando por el alcázar, la fortaleza militar en la que estaban; el famoso acueducto romano, la obra civil; la catedral, la religiosa; y la Casa de la Moneda de Segovia, la industrial. Este sería su próximo destino.

4.



El director de la ceca se encontraba en su despacho repasando los libros de cuentas de la administración de la nueva tirada de maravedís con la nueva leyenda de Isabel II cuando irrumpieron los carlistas.

Siguiendo el cauce del Eresma, entraron en lo que alguna vez fue el Real Ingenio, la ceca mimada por Felipe II, ahora relegada de su condición de ceca principal por Madrid y Sevilla y resignada a acuñar solamente en cobre.



A tiros penetraron las murallas del antaño mayor centro de acuñaciones. Derribó Zaratiegui la puerta del despacho principal de una patada, amenazante con su pistola de chispa.

—En nombre del rey Don Carlos, esta Casa de la Moneda queda ocupada —proclamó—. Le diré lo que vamos a hacer. Acuñaremos monedas de nuestro legítimo rey en esta misma fábrica.

—Pe... pero eso es i... ilegal. Desde la pragmática de 1833 solo tenemos permitido acuñar a nombre de Doña Isabel y únicamente

cuando somos autorizados —a duras penas pudo decir el director, presa del pánico.

—He dicho que acuñaremos en nombre del rey legítimo de España. ¿Dónde está el grabador? Ha de venir conmigo a abrir unos nuevos troqueles con el busto del rey.

—Sí... sí, pero aquí ya no hay grabador. Como ya solo acuñamos cobre y a volante, no tenemos necesidad de contratar uno.

—Mire —frunció el ceño mientras agarraba con más vigor el arma—, o alguien acuña monedas a nombre de nuestro rey o mis cuatro mil trescientos hombres se encargarán personalmente de que la ceca arda y no se vuelva a acuñar en Segovia.

—¡No! Espere. Hay un grabador en la ciudad. Está ya jubilado, pero es excelente en su trabajo. Trabajó en la medalla conmemorativa de la visita de Fernando VII a la ceca.

—Nos servirá. Usted no se mueva de aquí; pronto tendrá que poner en marcha a sus hombres para una nueva serie de cobre.

Salió Zaratiegui de las oficinas de registro, reuniéndose en los patios interiores con sus hombres.

—Soldados, tenéis libertad para llevaros todo lo que queráis de las casas. Salid a saquearlas y traed al grabador retirado ante mi presencia. También traedme las vajillas de plata de las casas; recibiréis a cambio una recompensa.

“¡Dios, patria, rey!”, gritaron los soldados, ansiosos de riquezas.

Mientras los molinos giraban pacíficamente en el interior de las murallas, de ellas salían los chapelgorris, haciendo retumbar el suelo a su paso. Primero cayó la Casa de la Moneda; después, la totalidad de los hogares de la ciudad fueron saqueados.



El antiguo grabador de la ceca, contra su voluntad, fue llevado ante Zaratiegui.

—¿Con qué interés me reclaman? —preguntó este.

—Va usted a abrir unos troqueles para acuñar moneda de cobre con el busto del legítimo rey, Carlos V —respondió el general carlista.

—Mire. A ver, de mil amores lo haría, pero, a mis años, me es imposible. Carezco del pulso, la precisión y la pericia, cualidades que me hicieron granjearme el respeto y la admiración de muchos monederos.

—Estoy convencido de que podrá hacerlo. Espere a que le dé un incentivo —amenazó mientras hacía una señal con la mano.

Uno de sus soldados, el que trajo al grabador, levantó su escopeta, apuntando al longevo. El temor se reflejó en sus ojos a la vez que sus piernas temblaban.

—Pero creo que puedo hacer un apaño —exclamó desesperado el anciano—. ¿Qué les parece si tomamos los troqueles que sobraron después de la muerte del difunto rey Fernando VII y le hago un «retoque» al busto?

—¿Cómo que un «retoque»?

—Sí, sí, sí. Puedo alterar el retrato del antiguo monarca para que se asemeje así a vuestro rey. También puedo cambiar la leyenda para que las piezas estén a su nombre.

—Bueno, me parece bien. A falta de algún otro grabador en la ciudad, esa es nuestra mejor alternativa. Haremos eso —sentenció Zaratiegui—. Y tú —dirigiéndose al soldado— serás el primero en recibir la medalla.



Las gotas de sudor caían desde la frente del grabador y se estrellaban en la mesa mientras este, bajo la presión de los carlistas y sus intimidantes cañones, grababa los nuevos troqueles que ahora juraban al rey carlista.

—Señor. Ya está toda la plata confiscada en la entrada de la ceca —susurró un soldado a Zaratiegui—. ¿Qué hacemos con ella?

—Perfecto. Llevadla a la sala de fundición y que la preparen para acuñar moneda.

Dicho y hecho, la plata fue primero fundida para luego ser laminada, con el fin de conseguir un aplanado perfecto; pasada por la hilera para lograr un grosor preciso; recortada con tórculo en cospeles redondos; y estos fueron pulidos y emblanquecidos para su posterior acuñación.



A la vez que la plata era procesada, el diseño de la nueva serie de monedas de cobre fue terminado. El retirado grabador, de la mejor manera que pudo, añadió un bigote al retrato de Fernando VII y grabó la leyenda «CAROLUS V. D. G. REX.» (Carlos V REY POR LA GRACIA DE DIOS).***1**

Los operarios de la fábrica fueron obligados a acuñar a volante en torno a cuarenta mil monedas de 8 maravedís.***1**

El grabador fue forzado a grabar una medalla de plata para conmemorar al rey carlista. Mientras que en el reverso llevaba el escudo de armas de España coronado por unas hojas de laurel, en el anverso juraba: «CAROLUS.·V.·DEI·GRATIA·HISP·REX·1837·⁎» (CARLOS V REY DE ESPAÑA POR LA GRACIA DE DIOS) e iba acompañado por la marca de ceca de Segovia, el acueducto: 🏛 Esta fue acuñada a volante en módulo de dos reales.***2**

Cuando las piezas fueron acuñadas, las monedas comenzaron a ser usadas como circulante entre las tropas carlistas. La medallas fueron arrojadas al aire en grandes cantidades desde el monumento de Fernando VII en la entrada a la ceca hacia los ejércitos como regalo al mérito hasta que cada soldado tuvo la suya.



Al décimo día de ocupación de la ciudad, el trece de agosto, Zaratiegui recibió una comunicación. El general Espartero había llegado a Madrid tras la campaña en las provincias vascongadas. Declaró el estado de sitio de la capital dada la cercanía del ejército de ocupación carlista en la provincia de Segovia (60 km).

Tras esto, los carlistas evacuaron la ciudad, arrasándola y llevándose a su paso todas las monedas acuñadas para financiar su causa. El recién fundado batallón de Cazadores de Segovia, con más de 800 soldados reclutados, en su mayoría estudiantes, invadió La Granja de San Ildefonso.

Espartero asumió el día dieciocho las funciones de presidente del Gobierno.

La amenaza de Zaratiegui dejó de ser inmediata; este y sus hombres huyeron y ocuparon hasta finales de septiembre Valladolid. Luego, en Aranda de Duero, se juntaron con el pretendiente Carlos V y su Expedición Real.

Los carlistas fracasaron en su intento definitivo de tomar Madrid y Zaratiegui fue derrotado y apresado en Retuerta por Baldomero Espartero.

La guerra se estancó en Peñacerrada, en las Vascongadas, donde las fuerzas del pretendiente, cada vez más divididas, aceptaron la paz mediante el Convenio de Oñate.

El veintinueve de agosto de 1839 se reunieron en Vergara los dos ejércitos y tras el abrazo simbólico de dos generales contrarios se hizo efectiva la paz.



Los carlistas no lograron imponer a su rey; mas sin embargo, pudieron conservar sus fueros.

La ciudad de Segovia, y por ende su ceca, se recompusieron tras este revés y prosiguieron su labor de acuñación de moneda hasta el año 1869, cuando cerró definitivamente y se estableció allí una fábrica de harinas.



Algo que parece pequeño, como un busto en una simple moneda de cobre, puede ser una de las mayores demostraciones de poder. Más aún en tiempos en los que carecían de medios de comunicación; la única forma que tenía gran parte de la población de saber quién era su gobernante era hurgar en su bolsillo y mirar la cara que aparecía en la moneda. El busto de quien aparece en la moneda es la alegoría de la soberanía y representa el poder. Esto sucedió en Segovia con José Bonaparte (1810-1813) y Carlos V (1837): al ocupar la ciudad, lo primero que tomaban era la ceca para controlar la producción de circulante y hacer que su figura compusiera la masa monetaria del lugar. Este documento histórico ha hecho que la numismática sea también, además de un coleccionismo, una ciencia auxiliar de la historia, permitiéndonos conocer mandatarios antes desconocidos, la existencia de asentamientos arcaicos, influencias de estilos artísticos, etc., así como datos de arqueología, economía, geografía e incluso demografía de antiguos territorios.









Quien aparece en la moneda manda.

*1



*2

Imágenes: © Aureo & Calicó S.L., subastas numismáticas